

(Número 245.)



EL REY BASILIO

DE

DINAMARCA.

PRIMERA PARTE.

Escucha auditorio noble,
una Historia verdadera,
que en laminas de oro y bronce
era bien, que se esculpiera;
aunque para referirla
me valdrè de la Suprema
Sacrosanta Trinidad,
porque aunque muchos Poetas
invocan del Dios Apolo
su mentida sutileza,

y de la fuerte Helicon
dicen, que beben sus tersas,
como cristalinas aguas,
invocando la asistencia
de las Musas que ellos dicen
que son nueve, segun cuentan,
todo es fábula, y mentira;
porque solo la Suprema
Inteligencia Divina,
reparte su mano escelsa

la gracia á todos los hombres,
 sin ninguna competencia.
 En esta pues, confiado,
 daré principio á la letra:
 y digo, que en Dinamarca,
 Ciudad populosa, y bella,
 cuyos altos edificios
 asaltan á las Estrellas,
 el Sol oculta sus rayos
 temeroso de que puedan
 sus altas puntas herirle,
 dejando á oscuras la tierra.
 Era Rey de este Emisferio,
 Basilio el Grande: que era
 amado de sus vasallos,
 por su virtud, y prudencia;
 que aunque es verdad que los Reyes
 por su sangre siempre heredan
 sus Monarquías, no todos,
 los cariños se grangean,
 que esto alcanza la razon,
 y la razon no es herencia;
 este tal prudente Rey,
 tiene una hermosa Princesa,
 única, porque su madre
 pagó la forzosa deuda
 en su parto, no atendiendo
 la parca torpe y grosera
 su Corona porque á nadie,
 esta fiera la respeta.
 Crióse esta hermosa niña,
 como ya dije heredera
 de Dinamarca, y su Imperio,
 y el Cielo dió á manos llenas
 á aquella Princesa hermosa
 dones de naturaleza:
 era en discreta Athalanta,
 y Venus en la belleza,
 Semiramis en lo fuerte,
 y Palas en gentileza;
 que aquella manzana de oro
 sin duda á ella se le diera.
 Como es hermosa, y bizarra,

y de su Reino heredera,
 los Príncipes confinantes
 pretendian su belleza;
 entre los muchos Señores,
 que asisten á la grandeza
 del gran Rey de Dinamarca,
 está un deudo suyo, que era
 el Conde Don Federico,
 General de mar, y tierra:
 es discreto, y entendido,
 y siendo Marte en la guerra,
 por su valor invencible,
 en la Côte Adonis era,
 es muy querido del Rey,
 tanto que lo que aconseja,
 eso es lo que se hace
 sin ninguna diferencia.
 Tenía el Conde una hermana,
 que es bellissima Duquesa
 en sus Estados, que nunca
 hizo en la Côte asistencia.
 El Conde Don Federico
 habló un dia á la Princesa,
 diciendo: Dueño, y Señora,
 hermosísima Princesa
 ya es tiempo, Señora mia,
 el que vuestra mano bella
 en un Principe se emplee
 de tantos como desean,
 como rendidos Esclavos,
 lograr dicha tan suprema.
 La Princesa le responde,
 diciendo de esta manera:
 Conde, yo tengo un retrato
 dentro en mi pecho, y quisiera,
 que su dueño fuese solo
 quien lograse mi belleza,
 mi corona, ó mis Estados;
 y como aquesto no sea,
 no se canse el Rey mi Padre,
 ni mi Reino lo pretenda.
 Respondió el Conde, Señora,
 muéstremelo vuestra Alteza

que yo empeño mi palabra
de hacer vivas diligencias,
aunque en el cabo del Mundo
ese Principe estuviera.
La Princesa luego al punto,
metiendo su mano bella,
sacó del pecho un espejo,
y se lo dió muy risueña;
el Conde quedó turbado,
y le dice la Princesa:
Pues, Conde, de qué os turbais?
Y el Conde le respondiera:
Princesa, y Señora mia,
es posible de que quieras,
habiendo Principes tantos,
que aspiran á tu grandeza,
pagarte tan mal, Señora?
Mira, adviérte, y considera,
el que yo soy tu vasallo,
tú mi dueño, y mi Princesa.
Ya he llegado á declarararte
le dijo en palabras tiernas;
y así, Conde tu has de ser
el que ciña esta Diadema.
Considere aquí el discreto,
cuando ruega una belleza
cuando una Corona obliga,
y un Reyno se le presenta,
que pudiera hacer ninguno,
sino admitir la propuesta;
respondióle cortesano.
Y Cupido con dos flechas
hirió sus dos corazones
recíprocos, de manera,
que se beben los alientos;
pero esto con la decencia,
porque nunca á lo atrevido
abrieron la franca puerta.
A este tiempo á Dinamarca
le puso guerra Suecia,
y el Rey entonces, al Conde
lo envió, para que fuera,
como su gran General,

á resistir tanta fuerza.
Obedeció el Conde, y luego
se fue á ver á la Princesa
diciendo lo que su Padre
manda, dispone, y ordena;
la Princesa aunque sentia
de Federico la ausencia,
con ánimo generoso,
para que fuera le alienta:
presentóle un Cisne hermoso
que sin duda alguna era
de aquel Carro fabuloso,
que han fingido los Poetas.
Mucho lo agradece el Conde,
y á su hermana la Duquesa
cuenta dá de su partida,
y su hermana le presenta
armas, y una Compañia
de esclarecida Nobleza,
para la guardia, y custodia
de su persona discreta.
Partió luego Federico,
dándole al aire banderas
desplegando tafetanes;
y las cajas, y trompetas
para la Princesa hermosa
son saétas que atraviesan
aquel corazon amante
de la constante firmeza.
Fuese el Conde, donde dejó
en sus marchas, y en sus guerras
por decir, que en Dinamarca,
en aqueste tiempo entra
de Albania un Embajador;
y así que tuvo licencia
de presentar su Embajada,
va pidiendo la Princesa
para el Principe Albanés:
y viendo las conveniencias,
que al Reino de Dinamarca
se siguen de esta propuesta:
El Rey, y el Consejo todo,
sin dar cuenta á la Princesa,

otorgaron la Embajada con alegría, y con fiesta; y despues de ya otorgada le dan cuenta á la Princesa. la cual pesarosa, y triste viendo á su amante en la guerra, y viendo, que de este lance no tiene quien la defienda y que toda Dinamarca que se case le amonesta, mirando por este lazo del Reino las conveniencias: solloza, gime, y suspira, sin tener quien la defienda. En esto un año pasó cuando vino de la guerra el General Federico, victorioso, de manera, que banderas, y despojos dicen su victoria escelsa. Y con aquesta noticias, previene solemnes fiestas en la grande Dinamarca; y fue para la Princesa, juzgando fuese su alivio, noticia, que mas le alegra. Entró el Conde, y luego al punto á recibirle saliera el Rey con todos sus Grandes; salió tambien la Princesa en carroza de Cristales, á darle la enhorabuena. Muy alegre estaba el Conde cuando el Rey le ha dado cuenta, como tenia casada á su hija la Princesa; el Conde quedó turbado,

y embargadas las pontencias; tanto, que al Rey pareció, que aquel accidente era que le asaltan de repente; y luego al instante ordena, que le lleven á su casa, cuidando de su asistencia. La Princesa luego al punto al Conde escribió dos letras, diciendo, que aquella noche de su jardin á la reja le espera sin falta alguna. Y el Conde fue con presteza, y antes que el Conde llegase, le conoce la Princesa; le dice: Conde, y Señor, muchas desdichas me cercan, yo muero desesperada, si es que tu no lo remedias: llévame, mi bien de aqui, que donde quiera que fueras quiero ser pobre á tu lado, y no en Dinamarca Reina. El Conde le respondió: No es posible, mi Princesa, porque será gran traicion á mi sangre, y mi nobleza. La Princesa, que le vió tan semejante respuesta, corrida, y desesperada le dice de esta manera: aleve, Conde, mal me pagas mi cariño, y mi firmeza; y cerrando la ventana, se fue á llorar. Donde deja Bernardo de aquesta Historia aquesta parte primera.

Fin de la primera parte.

EL REY BASILIO

DE

DINAMARCA.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije, que la Princesa, desesperada, y corrida, con la respuesta del Conde, á su cuarto se retira, y de sus hermosos ojos disparando baterias en municiones de perlas, las rosas de sus mejillas tristemente cultivaba, y de esta suerte decia: Ingrato, y aleve Conde, mal pagastes mis caricias, falsas fueron tus finezas, y tus promesas mentidas: cruel has sido conmigo mas de leal te acreditas. Finalmente se resuelve, aunque con grandes fatigas, en otorgar los conciertos, que con Albania tenia. El Conde cuando lo supo,

á el Rey suplicado habia, le concediese licencia, porque era cosa precisa el volver á sus Estados, segun su hermana le avisa: por no hallarse al desposorio de su Princesa divina. El Rey, y toda su Côte, sintió mucho su partida; pero el Principe de Albania apresuró su venida, y en aceleradas marchas llegó al Palacio, ó la Quinta de la Duquesa Isabela, hermana, que dije arriba del Gran Conde Federico; y á recibirle salia; la Duquesa es muy hermosa, y por extremo entendida, es afable, y cariñosa, y en efecto es toda linda.

El Príncipe vió sus ojos,
 su discrecion, gallardia,
 y Cupido le tiró
 una flecha tan activa,
 que el corazon le atraviesa,
 y el alma quedó cautiva.
 Yá no se acuerda del trato,
 ni concierto á que venia:
 solo á la Duquesa adora,
 y á la Princesa no estima;
 Porque solo la Duquesa
 es objeto de su vista.
 Y como con gran cortejo
 estuvo allí cuatro dias,
 en vivo fuego abrasado;
 y por mitigar sus iras,
 una noche á media noche,
 hizo la accion atrevida
 de arrojarle á su retrete,
 camarín donde dormia.
 Con una llave maestra,
 una falsa puerta abria,
 la Duquesa está rezando,
 y apenas vió su osadia,
 descolgando dos pistolas,
 de esta suerte le decia:
 Reportese vuestra Alteza,
 que á su perdicion camina;
 ó vive Dios que en su pecho,
 tiene de ver esculpidas,
 de estos incendios de fuego,
 sus balas insensitibas.
 Por donde entró vuestra Alteza,
 retírese á toda prisa.
 Pero el Príncipe respode:
 Cese, Isabela querida,
 cesen, mi Duquesa hermosa,
 tus bien concertadas iras,
 qué mas balas que tus ojos!
 qué mas rayos que sus niñas!
 de Albania la Real Corona
 hoy á tus plantas la miras,
 tu has de ser Reina, Duquesa,

aquesta mano lo afirma,
 mano, y palabra te doy,
 y tambien cédula escrita,
 con mi Sello Real firmada,
 si es, que así mi fe acreditas.
 Era el Príncipe galan,
 y la Duquesa, que via
 su noble resolucion,
 y Corona, que le brinda;
 todavia no contenta,
 le dice: Principe, mira
 lo que emprendes en dejar
 á la Princesa mi prima,
 ofendiendo á Dinamarca,
 lo que resultar podia.
 Este es mi gusto, Duquesa,
 aunque el mundo se arda en iras
 tu has de ser Reina, Isabela,
 esto mi fé lo publica.
 No estoy, Principe contenta,
 entra en mi Oratorio, y mira,
 que me jures la palabra,
 ante la Imagen Divina
 de este hermoso Crucifijo.
 Y el Principe de rodillas,
 juró por aquella Imagen
 la palabra prometida.
 En su cámara le entra,
 donde entre dulces delicias,
 logró cumplir su deseo,
 que tanto lo apetecia.
 Mas el correo del gusto,
 tan velózmente camina,
 que dentro de breve rato
 se desaparece á la vista.
 Entre los tiernos arrullos,
 quedó Isabela dormida;
 vistióse el Principe al punto,
 y la Duquesa tenia
 sobre su bufete puesta
 una carta medio escrita
 de cariñosos requiebros,
 que de esta suerte decia:

Glorioso Capitan mio,
 mil abrazos dar queria
 en lugar de parabienes
 á tu dichosa benida.
 Esta era para su hermano;
 pero el Principe entendia,
 que seria algun amante
 que la Duquesa tenia.
 Arrepentido, y celoso,
 tomando postas aprisa,
 á Dinamarca se parte,
 dejando esta flor marchita:
 Cuando despertó Isabela,
 que sus criados le avisan,
 que el principe por la posta
 caminaba á toda prisa,
 aqui fueron los suspiros,
 las lagrimas, y fatigas,
 y de su rubia garzeta,
 arranca las hebras finas.
 De sus galas se despoja,
 y de luto se vestia:
 todo de negras bayetas
 su Palacio lo cubria,
 y metida en su Oratorio,
 está de noche, y de dia.
 Volvamos al Conde, que,
 entre congojas no vistas,
 á su Palacio llegó;
 y en lugar de telas finas,
 miró todas las paredes
 de negro luto vestidas;
 preguntó, es muerta Isabela?
 Y los criados le avisan,
 no señor, que el Oratorio
 es su cámara, y su quinta.
 Entró el conde á su Oratorio,
 y la Duquesa dormida
 estaba junto á el Altar
 de negro luto vestida;
 y entre sueños, y congojas,
 tristemente repetia:
 Rey Soberano, y Eterno,

justicia, Señor, justicia
 á Vos ha sido la ofensa,
 y el ampararme os precisa.
 Ese Principe Albanés
 con la palabra benigna,
 que ante Vos me dió, gozó
 de mi castidad invicta;
 y si mi hermano lo sabe,
 tendrá fin mi triste vida.
 Oyendo su agravio el Conde,
 mano á la daga ponía,
 diciendole, fiera, ingrata,
 pagarás tu demasia;
 mas á tiempo de ir á darle,
 de la Cruz se desprendia
 aquel Señor Soberano,
 y el impulso detenía:
 la daga se cayó al Conde,
 é hiciendose de rodillas
 el prodigio le suspende,
 y su culpa le horroriza.
 Despertando la Duquesa
 vió el amparo, y se confia
 en el Señor Poderoso
 que aplacó tan nobles iras.
 Contó el suceso á su hermano,
 y el conde le ha dicho, aprisa
 desnúdense esas paredes,
 vistanse de telas ricas,
 ponte tu mejores galas,
 y á Dinamarca camina,
 que mientras ciño esta espada,
 nada á mi me atemoriza.
 Dejémoslos caminar,
 y vamos á la alegría,
 las fiestas, y los torneos,
 que en Dinamarca se hacian,
 á celebrar, aplaudiendo
 del Principe la venida.
 La boda se dilató
 porque la Princesa invicta,
 estaba un poco indispuesta,
 de graves melancolias;

y solo por alegrarla,
 discurrieron cierto dia
 unos torneos de gala
 y con garvo, y gallardia,
 el Príncipe salió en ellos;
 mas á la primer corrida,
 se le desbocó el caballo,
 válgame Dios, qué desdicha!
 Midió la tierra infelice,
 y socoriéndole aprisa,
 sin sentido lo llevaron
 á Palacio, y la caída
 tanto le atormentó el pecho,
 que asi estuvo medio dia,
 de Físicos rodeado,
 y con nobles medicinas.
 En esto al Rey le avisaron,
 como á Palacio venia
 el Conde con la Duquesa,
 su sobrino, y su sobrina.
 Salió el Rey á recibirlos,
 y contando la desdicha
 del Príncipe, dijo el Conde;
 Pues gran Señor, mi venida;
 solo es á pedirnos campo
 contra quien me tiraniza
 el honor con falsedades,
 con promesas, y mentiras.
 Contóse en fin, el suceso,
 y el Rey suspenso se admira.
 En esto el Príncipe vuelve
 al poder de medicinas;
 y cuando vió á la Duquesa,

le dice: Prenda querida,
 tu eres Princesa de Albania,
 aunque yo pierda la vida.
 En el otro mundo he estado,
 y aquella Imagen Divina,
 ante quien te di palabra,
 muy enojado me avisa,
 que te cumpla lo que debo,
 si no quiero ver sus iras:
 Con que mi Esposa has de ser,
 aunque me cueste la vida.
 El Rey replicó, pues como
 desairada queda mi hija?
 Y la Princesa responde,
 mostrando grande alegría:
 Esposo tengo yo, Padre,
 tan bueno, y de tal estima.
 Quién es? le pregunta el Rey,
 el Conde hincó la rodilla,
 y en breve le ha dado cuenta
 de sus venturosas dichas,
 de su lealtad, y nobleza,
 y valor que le acredita.
 Con que toda Dinamarca
 con júbilos, y alegrías,
 celebraron las dos bodas,
 que se hicieron en un dia.
 De tan peregrino caso,
 tuvo Bermudo noticia,
 y dio á la Prensa estos rasgos,
 y al Auditorio suplica,
 que perdonen de su pluma,
 las faltas que aqui se admiran.

FIN.

CARMONA—1858.

Imprenta de D. J. M. Moreno, calle Juan de la Cabra núm. 4.